

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 29

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## JOSEPH ZÁRATE

«SI HAY ALGO UTÓPICO, CREO QUE ES EL IMPULSO QUE UNO TIENE DENTRO, ESA PEQUEÑA INTUICIÓN DE QUE ESA HISTORIA PUEDE CONMOVER A OTROS Y TE ABRAZAS A ESA PEQUEÑA INTUICIÓN Y LO HACES, SIMPLEMENTE».

Vengo de una familia sencilla, pobre. He crecido en el distrito San Martín de Porres, que es un distrito popular. También he vivido parte de mi infancia en Villa María del Triunfo y en Barrios Altos, todas zonas que son muy pobres. Por temporadas vivía en barrios populares; pero cuando vivía con mi padre —porque mis padres se separaron cuando yo era un bebé—, que trabajaba para gente con dinero y construía sus casas, yo vivía con él en esas casas, mientras se construían. Entonces hubo años que vivía en esos barrios populares, pero otros años viví en San Isidro o en Miraflores. Desde muy pequeño fui consciente de este contraste en mi propia ciudad. No pensaba ni siquiera en el país; pensaba en mi propia ciudad: cuán fuertes pueden ser los contrastes en términos sociales, económicos.

En una época en la que vivía en Miraflores con mi papá —estaba en quinto o sexto de primaria—, por donde está el club Terrazas había casas muy bonitas, grandes; era una zona un poco más residencial. Había un señor ya mayor, que se llamaba Néstor, que vivía en una de esas esquinas. Era un señor que estaba medio loco; parecía alguien que tuvo dinero y lo perdió. Decía que era marxista —en ese momento yo no sabía qué cosa era eso—, me hablaba de la lucha de clases y nos decía: «Ustedes, cuando crezcan...». No recuerdo bien, pero siempre hablaba de «el sistema».

Mi familia es católica; cuando era adolescente y estaba en el colegio, iba a los encuentros parroquiales. Había una profesora de religión, una religiosa joven, que era progresista, más vinculada a la Teología de la liberación; era como una religiosa medio rebelde, medio *punk*, aunque suene raro poner esas palabras juntas. Me hablaba de la injusticia social y de que más importante que rezar en la iglesia era ayudar al otro. Decía que en el libro de Santiago está que la verdadera religión no es tanto orar, hablar como un ritual, sino ayudar a las viudas, dar de comer al hambriento, cuidar a los huérfanos. Era la acción más que el ritual. Hablábamos siempre de estas cosas.

A esta profesora la tuve durante los cinco años de secundaria y fue una influencia muy importante en mí. Me daba libros, no solamente de temas religiosos, sino literatura. En mi casa no había libros; había enciclopedias que a veces compraba mi mamá, pero mi familia era muy pobre, no había para comprar libros. Esta religiosa me dio *Cien años de soledad*, que fue la primera novela entera que leí, cuando tenía 13 años, y me encantó. La leí un par de veces. Me gustó mucho el mundo de Macondo. Ella fue una influencia muy importante, porque me hizo ver las cosas que podía hacer. Por otro lado, me sacaba de mi casa, siendo un niño prácticamente, iba con ella y un grupo de amigos. Íbamos a los hogares de ancianos, a los pabellones de quemados del Hospital del Niño. Fueron momentos que me marcaron porque me hicieron salir de mi casa, de mi realidad y ver otra.

Siempre fui el más pequeño del salón, era el menor siempre; era el último porque mi apellido es con Z y era el menor. Fui creciendo y siempre me gustaba mucho escribir historias. Entré muy jovencito a San Marcos, cuando tenía 15 años, y en un momento dado fui secretario de cultura del centro estudiantil. San Marcos es como el Perú en chiquito. Es un lugar que te abre los ojos, si los tienes cerrados. Te hace conocer que la realidad de tu país es más compleja de lo que tú piensas, te hace participar de ciertas causas, de cosas como que te suben unos céntimos el menú estudiantil y te encadenas a las puertas para que no lo hagan. Siempre me interesó cómo funcionaban esas dinámicas sociales.

En la época que entré la universidad, en el año 2003, era menor de edad y participaba en lo que podía participar, en lo que me dejaban participar. Si bien es cierto que en mi escuela profesional, la de Comunicación, había cierto compromiso y participación, en general lo que había era una apatía, una indiferencia a querer participar de las huelgas, las protestas, las manifestaciones. Para mí era difícil entender por qué; a veces se quejaban, simplemente. Esto era muy diferente de la época en la que mis tíos o mis amigos mayores estudiaron ahí, la época de la dictadura de Fujimori, cuando había una convulsión política y social mucho más evidente.

Ahora, viéndolo a la distancia, la mía era otra generación, que no quería hacerse problemas, quería vivir su vida sin ningún tipo de compromiso político. Eso hoy en día se hace evidente. Por ejemplo, cuando hacen una encuesta en Lima a la gente que tiene 20 o 25 años, no saben quién es Vladimiro Montesinos, no saben por qué Fujimori está preso. Siento que esa apatía, esa indiferencia ante la realidad nacional comenzaba desde esa época y se ha expandido un poco. Ahora, más bien, la gente de mi edad o un poco menor ya se está organizando, hay mucha más participación de los jóvenes, pero en ese momento no era así. Viví en esos años de la universidad entre esas dos fuerzas.

«**INTENTO**, A TRAVÉS DE LAS  
HERRAMIENTAS DEL **PERIODISMO**,  
CONTARTE UNA **HISTORIA** Y HACER  
QUE LA **CRÓNICA** SEA UN ESPACIO PARA  
DEBATIR **IDEAS**, QUE EL PÚBLICO PUEDA SER  
UN POQUITO MENOS **INDIFERENTE**  
ANTE ESA **REALIDAD**».

---

---

¿Qué intento hacer con mi trabajo, con los perfiles y crónicas que he estado escribiendo durante los últimos cuatro o cinco años? De una manera consciente elegí a estos personajes, que son líderes indígenas de la sierra del Perú, porque estas personas tienen una visión de lo que es el progreso que es muy diferente a la que tienen las personas que viven en las ciudades. Por ejemplo, Ruth Buendía, una mujer ashaninka, que vive en una sociedad patriarcal, machista, donde ser mujer es lo último. Ella vivió en una sociedad así y lo que hizo fue soportar a su familia, sostener a su madre enferma. Huyeron del terrorismo; ella fue a la ciudad y conoció una concepción diferente de lo que es progresar. Pero decidió volver al lugar donde había nacido y se puso a estudiar, a construirse una imagen de lideresa y hoy en día es la presidenta de la nación ashaninka, una nación indígena, que es la más numerosa del país. A mí me interesa ese tipo de historias porque lo que hacen es debatir las diferentes visiones que tenemos del progreso y cómo esas visiones entran en conflicto.

A partir de ahí se puede ver varias cosas. Se puede poner en valor la cultura de Ruth y comprobar que la idea —que todavía queda en la ciudad—, esta idea que tenemos del buen salvaje, de que en la selva vive gente pobre, gente inferior, no es tanto así. Se puede ver, por otro lado, lo perverso que puede ser el sistema. Tienes un gobierno que, bajo el lema «Progreso para todos», proclama que las grandes inversiones van a elevar la economía e incrementar el PBI, pero esto se hará a costa de inundar miles de kilómetros de selva donde viven estas personas. Escribo sobre estos temas por un interés personal. Creo que a través de periodismo se puede debatir ideas, no solamente informar: «ah, sí, los ashaninkas van a ser desalojados, qué terrible, pobrecitos los ashaninkas, qué terrible el gobierno».

Lo que intento hacer, a través de las herramientas del periodismo, a través del *story telling*, es contar una historia y hacer que la crónica sea un espacio para debatir ideas, que el público pueda ser un poquito menos indiferente ante esa realidad.

En la historia de Máxima Acuña es mucho más claro esto porque es más sencillo trasladar la historia de Máxima a la metáfora de David versus Goliat. En la pregunta del texto intenté concentrar la esencia de la historia: ¿qué es más importante, qué vale más: el agua y la tierra de una familia o el oro de todo un país? Así era como vendían el tema, y lo siguen vendiendo. Recuerdo que —en 2012 me parece— quien ahora es el presidente del Perú, PPK, decía que si Conga no se realizaba era como dispararse a los pies, un autosabotaje. Y tal como se ve en el mapa del proyecto Conga, Máxima vive en el corazón de él, al costado de una laguna que la minera Yanacocha plantea secar para verter ahí todos los residuos tóxicos que resulten de la extracción del oro. Claramente, hay un conflicto. Mientras Máxima tiene una visión de progresar que pasa por permanecer en la tierra, vivir de la tierra, tener sus animales —porque a ella no le gusta vivir en la ciudad—, mientras los campesinos de ahí tienen esa visión, el gobierno, los políticos, la gente de la ciudad tiene otra visión, totalmente diferente.

En los comentarios a mi texto, en el blog de la revista, están esas posturas. Mientras hay gente que está con Máxima, hay otra gente que dice que se está aprovechando y está poniendo en peligro el futuro económico del país. Este debate es complejo. Al leer el texto se nota que tomo una postura; no hago un reportaje sobre la cuestión del oro; hago un perfil de Máxima y tengo una postura clara: lo que está sucediendo con ella es un abuso. Pero es importante también presentar la otra versión, la de Yanacocha, que traté de insertarla en el texto. Al fin y al cabo es periodismo, pero intento que el oficio que ejerzo sea un espacio para debatir ideas, para que los lectores sean menos indiferentes ante esa realidad. A veces siento que lo logro, a veces siento que no.

Nunca me he construido una utopía o he participado de un plan, una idea o una organización que quiera, de algún modo, una sociedad utópica, de bienestar. Pero sí tengo una intención de que las cosas cambien; por eso me interesan esos temas.

Ahora estoy terminando de escribir una crónica sobre los derrames de petróleo en la selva peruana. Estuve en la zona donde ocurrió el primer derrame de 2016, la zona de Chiriaco, Amazonas, que es una de las regiones con más pobreza en el país: siete de cada diez personas son pobres ahí. Hay anemia, desnutrición crónica en los niños, el VIH se está extendiendo como una epidemia. Es una zona muy dura para vivir. A comienzos de año hubo un derrame de petróleo, alrededor de medio millón de litros de petróleo tirados al río, que quedó contaminado. Estuve tres o cuatro meses en esa zona tratando de conseguir historias personales para contar este caso. Lo que encontré fue una región de la selva, afectada en términos ambientales y en términos de salud; pero, por otro lado, una parte de la población nativa comenzó a trabajar para PetroPerú, contratada para limpiar el petróleo. Muchas de estas personas son campesinos, agricultores de yuca o plátano, y pasaron de ganar en la chacra treinta soles al día por diez o doce horas de trabajo, a ganar ciento cincuenta soles al día.

Estamos hablando de cinco veces más por ocho horas de trabajo y el domingo ganaban trescientos soles, ¡diez veces lo que ganaban en la chacra! Ahí jamás vas a encontrar un trabajo que pague eso; un médico no gana eso en esa zona.

Cuando llegué a esta zona encontré a gente que cambió su cabaña de madera por una casa de cemento, se compraron motocicletas, otras personas se mudaban a la ciudad, a Trujillo o a Piura, o llevaban a sus hijos a Lima a curarlos de alguna enfermedad. Si bien es cierto que el derrame de petróleo había causado un terrible daño ambiental —el río no lo podían usar, los peces estaban contaminados, no podían bañarse—, por otro lado, el derrame se había convertido en una oportunidad, aunque suene extraño decirlo. Conversé con alrededor de cincuenta personas y algunos se atrevían a usar la palabra «bendición», porque sentían que de algún modo esto había sido como una bendición. No el desastre, sino el trabajo. En este debate no todo es blanco o negro. Hay matices dentro de la historia, que es como la vida.

Es muy interesante porque uno puede darse cuenta de lo perverso que es el sistema. Más del ochenta por ciento de la energía mundial depende del petróleo y sus derivados y, más o menos, del diez por ciento de lo que se extrae en el mundo depende casi toda la industria petroquímica, que es la industria que produce, en parte, los insumos para fabricar las cosas que consumimos: desde piezas de un transbordador espacial hasta el cepillo de dientes, el lápiz labial, una muñeca, ¡hasta los preservativos dependen del petróleo! Uno se da cuenta del sistema perverso y de lo adicto que hoy en día es el ser humano a una omnipresencia del petróleo que es abrumadora.

Cuando intento escribir esta historia, no solamente estoy escribiendo sobre el derrame que ocurrió para los indígenas, no estoy contando una tragedia del otro, sino que nosotros también tenemos que ver con esa tragedia, porque somos quienes consumimos eso. El reto aquí —para vincularlo con lo que mencioné antes— no solamente tiene que ver con usar el periodismo para informar sobre ese desastre, sino en vincular ese tema con el público, tratar de generar una empatía con la información, con la narración, a partir de las herramientas que uno usa. Los cronistas usan las herramientas de la ficción —la narrativa de la ficción, del ensayo, la novela, el cuento, el teatro— para contar una historia que si solamente se cuenta con números, cifras y datos no generaría la empatía que se puede generar para que la gente vea el tema de otra manera.

Desde el periodismo siempre me interesó escribir sobre esos temas. Trabajé durante un tiempo escribiendo para una ONG ambientalista, Fedepaz. En ese momento estaba el tema de Bambamarca, vinculado a la cordillera del Cóndor —si allí se debía crear o no una reserva natural— y había una consulta previa. Escribía sobre esas cosas, entrevistaba a gente del Ministerio de Ambiente. Había un interés mío,

porque decía: «Si voy a hacer periodismo —entendiendo el periodismo como un servicio— voy a intentar hacer algo que aporte, que a la gente la haga pensar sobre esos temas, que la haga reflexionar». Encontré en el periodismo narrativo una herramienta, que se ajustaba a lo que quería hacer, para escribir sobre estas cosas. Ese fue el camino que he seguido en *Etiqueta Negra*, que es donde trabajo.

«EL OBJETIVO QUE PERSIGO CON  
LAS HISTORIAS: TRATAR DE GENERAR  
UNA EMPATÍA PARA QUE ESAS  
HISTORIAS QUE APARENTEMENTE  
NO INTERESAN A LA MAYORÍA,  
LE IMPORTEN A LA MAYORÍA  
A TRAVÉS DE LA EMPATÍA».

---

Crecí en una casa en la que, si bien no había muchos recursos, había ese sentido de estar rodeado siempre de la familia, por lo menos desde el lado de mi madre. Crecí durante muchos años en la casa de mi abuela, una mujer amazónica, que nació en la selva y vino a Lima cuando tenía 13 años «para estudiar». No estudió, su tía la engañó y, al final, se convirtió en una empleada doméstica. Ella siempre añoró regresar a su tierra. Vivía en su casa y cuando nos contaba historias, nos hablaba de las historias de las plantas, de preparaciones de plantas. En la selva hay mitos de las plantas, nos hablaba de eso y era muy interesante.

Desde esa época, de niño, veía a las personas adultas como aquellos de quienes yo podría aprender cosas. Quizás es un poco raro, porque hoy en día subestimamos a la gente mayor. La gente joven subestima a la gente mayor y desestima la experiencia que ellos le podrían transmitir. Pero en mi caso, sentía que con las personas mayores, como mi abuela, podía aprender cosas y conocer realidades nuevas, mundos nuevos.

Tengo unos referentes de lo que aspiro a hacer, el objetivo que persigo con las historias: tratar de generar una empatía para que esas historias que aparentemente no interesan a la mayoría, le importen a la mayoría a través de la empatía. Siempre he pensado escribir como este periodista de guerra, Ryszard Kapuscinski, un polaco que escribió sobre la guerra en Rusia, en toda Europa del este, y que utilizaba el periodismo narrativo para contar esas realidades. Eran como cuentos, como novelas, que hacían que la gente pudiera comprender el valor humano de esas realidades. Otro cronista, más contemporáneo, es Jon Lee Anderson, estadounidense, que también

escribe sobre la guerra y sobre el poder. Él tiene una biografía extensa que probablemente es lo mejor que se ha escrito sobre Ernesto Guevara: *Che Guevara: una vida revolucionaria*. He llevado talleres con Jon Lee Anderson y lo considero uno de mis maestros. Otro referente que tengo, que también es un maestro, es Alberto Salcedo Ramos, un cronista colombiano, del nivel de Anderson. Es de Barranquilla y escribe sobre la cultura popular de su país, sobre el vallenato, sobre la gente dicharachera, sobre la guerra en Colombia, pero desde la empatía y la revalorización de las historias personales.

Otra persona que es importante es Julio Villanueva Chang, que ahora es mi jefe. También es un gran maestro de cómo uno, como periodista, tiene que aprender a mirar la realidad, de modo que esa mirada nos permita descubrir, asombrarnos frente a eso que vemos todos los días. Todos los días, o casi, escuchamos noticias sobre desastres ecológicos. A veces escuchamos tanto que nos volvemos inmunes ante eso. Haber aprendido de Julio me ha enseñado a intentar leer esa realidad de un modo diferente, elegir detalles de esa realidad que permitan que el lector sea menos indiferente ante eso, que pueda asombrarse. Es decirle: «Este tema, que aparentemente no tiene que ver contigo, sí tiene que ver contigo por esto y por esto, y te lo cuento de este modo para que te des cuenta que eres parte de ese sistema que es perverso». Eso lo aprendí de Julio.

Otro referente, que estoy tratando de estudiar, es la premio nobel de Literatura de 2015, Svetlana Alexiévich, una periodista bielorrusa que escribe sobre la Unión Soviética y tiene libros muy bellos, contruidos como polifonías, como un coro griego. Ella no escribe de manera lineal, sino que sus estructuras están hechas de miles de voces, de monólogos. Un libro muy famoso de ella es *Voces de Chernobyl*. Durante veinte años hizo muchas entrevistas a gente de Chernobyl: campesinos, médicos, los soldados que estuvieron en la central, ancianos, cazadores, una diversidad de personajes. Los entrevista muchas veces y transcribe esas declaraciones, como monólogos. Cuenta, a través de las voces de estas personas, lo que significó en términos emocionales, personales, íntimos, el desastre de Chernobyl. La historia que abre el libro es la de una mujer, cuyo marido era bombero y en la noche del desastre de Chernobyl fue a apagar el incendio y se contaminó con la radioactividad. Pero la esposa amaba tanto a su marido que, a pesar de que le prohibieron acercarse a él —porque según los doctores era como una bomba radioactiva, ya no era un ser humano, sino una bomba radiactiva, y ella estaba embarazada—, lo cuidó, lo limpiaba, lo bañaba, dormía al lado de él, lo abrazaba y lo besaba. Al final de la historia ella pierde al bebé —porque el hijo había absorbido toda la radioactividad de su papá— y ella dice que no sabe si esta historia que cuenta es una historia de amor o de muerte.

Se han escrito tantos libros sobre Chernobyl, contando el desastre, por qué pasó, las consecuencias en términos numéricos y cifras, pero lo que hace Alexiévich es aproximarse detrás de esos acontecimientos, para contar la fibra humana, las emociones. Ella dice que está interesada en las historias del hombre pequeño, las historias que la historia universal no fija, no escribe en sus páginas; por eso se considera una historiadora de lo etéreo, de esas historias que pasan y aparentemente nadie se interesa por ellas; ella se interesa precisamente por esas historias. Hoy en día, lo que trato de hacer es construirme una mirada, a partir de esa aproximación que tiene ella. Trato de decirme a mí mismo: si voy a hacer periodismo, voy a intentar hacerlo en esa dirección, cogiendo de estos maestros de los que te hablo.

«MI APORTE, EN TÉRMINOS POLÍTICOS,  
VIENE POR EL LADO DEL PERIODISMO.  
SIENTO QUE, DE ALGÚN MODO,  
MIS TEXTOS SON POLÍTICOS TAMBIÉN,  
HAGO POLÍTICA DESDE AHÍ».

---

En cierto modo, he sido afortunado porque salí de la universidad y entré a trabajar en *Etiqueta Negra* y me he quedado ahí. He salido por temporadas, pero me he quedado. La revista me ha regalado un espacio para escribir esas historias. Quiero pensar que he tenido suerte. Tengo ese espacio mientras la revista exista. Sin embargo, la dificultad tiene que ver con que yo no vivo de escribir esas historias. Esas historias que he publicado son historias a las que les dedico cuatro o cinco meses; por eso publico muy poco. En los últimos cuatro años, prácticamente, he publicado un texto largo por año. Lo que me pagan no compensa ni siquiera el 50% de lo que invierto, en términos de dinero y de tiempo, porque la revista tiene muy poco presupuesto. Termino haciéndolo porque quiero hacerlo, me gusta y es lo que yo podría aportar desde mi oficio. Una dificultad es que, desgraciadamente, los medios no invierten en este tipo de periodismo, que demanda mucho tiempo, mucha energía, mucho recurso. Y quizá yo también, porque no soy tan habilidoso como para conseguirme un financiamiento de tal o cual; no soy muy talentoso para eso. Siempre termino poniendo de mi plata.

¿De qué vivo? Al fin y al cabo, vivo de editar libros para otros o de editar una revista para otros, de hacer una memoria para una institución, de ahí cae dinero y con eso puedo comprar tiempo y recursos para escribir esas otras cosas. Hoy en día siento que esto del periodismo, lo de las crónicas, es como un pasatiempo, algo que hago porque me gusta hacerlo, aunque sufro mucho en el proceso. Pero, al final,

siempre hay algo que me impulsa hacerlo. Una de las razones por las que estoy ahora en España tiene que ver, precisamente, con escribir o intentar escribir un libro con estas cuestiones, con mis historias, con historias de mi abuela, de mi familia. Me vine con la ayuda del premio Ortega y Gasset que gané este año, con los ahorros que tenía; vendí mis cosas en Lima y me vine para acá, para hacer esto. Nadie me ha pedido un libro, nadie me ha pedido escribir esto, yo he querido hacerlo desde hace un tiempo.

Lo más difícil es el problema económico, encontrar medios que te apoyen, que te solventen. Si le preguntas a Jon Lee Anderson cuánto le pagan por escribir sus crónicas y cuánto tiempo le dan, es muchísimo más; deben ser unos miles de dólares. A mí me pagaron doscientos dólares por el texto premiado sobre Máxima Acuña y yo invertí cuatro meses de mi vida en eso, viajé tres veces a Cajamarca e hice un montón de entrevistas. Si hay algo utópico, creo que es eso, el impulso que uno tiene dentro, esa pequeña intuición de que esa historia puede conmover a otros y te abrazas a esa pequeña intuición y lo haces, simplemente.

Los lectores son siempre una incógnita, porque uno nunca sabe. Cuando me siento a escribir intento pensar en mi madre, que esto que voy a escribir mi madre lo pueda entender, la pueda conmover. Mi madre no es una persona muy fácil de complacer. Mi familia es muy humilde e intento que eso que escribo, que aparentemente es complejo, ella lo pueda entender y la pueda conmover. Algo que fue muy significativo para mí fue que, hace unos años, un día que vi el Facebook de mi sobrino —que en ese momento tenía 14 años—, él había compartido mi historia sobre Edwin Chota. Él ponía que había leído ese texto y lo había conmovido, les decía a sus amigos de Facebook que lo leyeran y al final decía que el autor era su tío. A mí eso me conmovió mucho, porque si un chico —claro yo también soy un *millennial*, pero él es un súper *millennial*—, de catorce años, que está con el celular todo el día y que está pensando en otras cosas —Youtube, internet, la chica, qué sé yo—, se ha tomado unos minutos para leer el texto, lo ha conmovido y lo ha compartido en su Facebook, quizá no estoy haciéndolo tan mal.

El objetivo es ese, que el texto construya, tienda puentes de empatía entre la gente. Si lo puede hacer con un ama de casa, con un chiquillo de catorce años, me parece genial, me parece estupendo que eso se esté logrando con una de mis historias. Pienso en ese tipo de personas, que mi audiencia sea esa. No estoy pensando en un público especializado, que solamente está interesado en cosas medioambientales. No siento que hago periodismo medioambiental. Simplemente, creo que hago periodismo y, desde ese lugar, intento generar esa empatía en ese tipo de público. Si la genera en una persona que es más bien sencilla o distraída, como este chiquillo de catorce, quizás es más probable que a un universitario o un ejecutivo —alguien a quien se supone con más conocimiento o interés por la realidad— le interese mucho más.

Nunca he tenido militancia partidaria. Como hago periodismo, siento que sería difícil que termine afiliándome a algún partido político; lo veo complicado, por ser un poco más imparcial. No me nace afiliarme a un partido, a menos que el momento histórico lo ligue. Pero lo dudo mucho. Creo que mi aporte, en términos políticos, viene por el lado del periodismo. Siento que, de algún modo, mis textos son políticos también, hago política desde ahí. Aunque las épocas exigen de uno una participación diferente, más allá del texto. En las últimas marchas que ha habido en Lima, he ido, llevo a mi familia, siento que participo de algo, pero no me nace formar parte de un partido. Quizá también tiene que ver con la reputación que tiene la política en el Perú, hoy en día. En el Perú es putrefacta. De algún modo termino contaminado por la falta de confianza en ese tipo de instituciones. Me siento más cómodo ejerciendo un papel político desde otro lado. Incluso, quiero pensar, me gusta pensar y me aferro a pensar que puedo ser más útil desde este otro lado.